

LAS POSIBILIDADES DE LA HISTORIA DE ESPAÑA

A propósito del libro de Carmen Iglesias*

Desde cierto punto de vista, una de las facetas más frustrantes del trabajo del historiador es su condición de productor de discursos que difícilmente pueden pasar a la categoría de definitivos. Sabe que trabaja bajo la sospecha permanente de no haber sido capaz de descubrir y analizar alguno de esos múltiples huecos y recovecos que pueblan el pasado; es consciente, o debería serlo, de que no puede aspirar a construir un relato que vaya a estar exento de evaluación por sus colegas presentes o futuros, un relato que no pueda ser cuanto menos mejorado por ulteriores investigaciones. Frustrante sólo hasta cierto punto, pues, sin duda, esa provisionalidad del conocimiento histórico es el mejor acicate para seguir buscando huellas del pasado y formulando nuevas preguntas sobre cuestiones viejas.

Es un trabajo abierto el del historiador, un trabajo que no se rinde ante las verdades establecidas ni ante los muchos prejuicios que una sociedad llega a manejar como parte de sus categorías cotidianas sobre el pasado; ni siquiera la imposición de una “memoria colectiva” sancionada por el poder puede destruir el anhelo de conocimiento, el afán por demoler tópicos y reconstruir el pasado de la forma más cercana posible a cómo aquél fue. Pese

Manuel Álvarez Tardío es profesor Titular de Historia del Pensamiento y los Movimientos Sociales y Políticos de la Universidad Rey Juan Carlos.

* **Iglesias Cano, C.** (2009): *No siempre lo peor es cierto. Estudios sobre Historia de España*, Barcelona, Galaxia Gutenberg-Círculo de Lectores, 1038 páginas.

a la provisionalidad, el historiador se sabe productor de ciencia, esto es, de un conocimiento logrado conforme a unas reglas y formulado de acuerdo con unos códigos lingüísticos que habrán de permitir a otros investigadores falsar el resultado obtenido. El pasado no está a la vuelta de una esquina esperando para ser rescatado y relatado; es un producto complejo al que sólo cabe una aproximación fragmentaria, pero no por eso arbitraria, en la medida en que se fundamenta en pruebas obtenidas y analizadas con rigor y honestidad.

En buena medida, la provisionalidad del conocimiento histórico se debe a la fabulosa complejidad de la vida humana y al modo en que ésta obliga al historiador a elegir, a tomar una decisión inicial, que condicionará todo su trabajo, sobre el objeto y el método de estudio. Muchos historiadores, a sabiendas de la condición inabarcable del pasado que les está esperando, optan por centrar sus esfuerzos en una parcela minúscula que, a poco que sepan explotar, producirá buenos y pronto resultados. Otros, aunque muy pocos, levantan su mirada más allá de las pequeñas huellas del pasado que van descubriendo y se empeñan en reconstruir pacientemente el hilo de la continuidad sin el que la Historia no sería otra cosa que una mera acumulación indescifrable de pruebas. Estos últimos comprenden, además, que existe una dificultad añadida en el estudio de la Historia que algunos investigadores no siempre tienen presente: de un lado, la existencia de categorías intelectuales que permiten a los individuos acercarse y dar sentido a la realidad que les rodea; de otro, el hecho de que esas categorías también están sujetas al paso del tiempo, por lo que su propia evolución, decisiva para elaborar el relato del tiempo largo, es en sí misma un objeto de estudio. La posibilidad de reconstruir lo mejor posible el hilo de la continuidad y la evolución de las ideas que lo acompañan y dotan de significado es siempre una tarea reservada para los mejores historiadores, para quienes, auxiliados por las ciencias sociales y familiarizados con la historia del pensamiento, están en la mejor condición para reconstruir algo más que el pasado, esto es, para aprehender y elaborar un relato de ese pasado.

Ellos saben, además, que la mera recuperación de las huellas del pasado no produce por sí sola ese hilo de la continuidad que da cierto sentido al devenir de los hechos. No hay teoría que permita reducir la complejidad y cla-

sificar las pruebas de tal modo que todas las piezas encajen en un puzzle diseñado de antemano. La Historia es algo más que una acumulación de huellas del pasado, pero no es el resultado de un proceso preconcebido o de una sucesión inevitable de acontecimientos. Como explicó Isaiah Berlin, no puede extrapolarse a la historia el concepto de “inevitabilidad” propio de otros saberes científicos (Berlín: 27). “Una de las mayores y más fatales falacias de los grandes constructores de sistemas del siglo XIX, hegelianos y comtianos, y, sobre todo, las múltiples sectas marxistas –escribió–, es suponer que si designamos a algo como inevitable queremos dar a entender la existencia de una ley”. No hay, en efecto, una ley que nos permita ordenar y dotar de significado la compleja trama del pasado. Este es, en realidad, un campo de posibilidades; lo que ocurrió es aquello que sabemos que ocurrió, pero pudo haber ocurrido algo distinto, y quienes entonces actuaban lo sabían. La sucesión de acontecimientos genera un hilo de continuidad que podemos aprehender, pensar y explicar, que nos permite dar sentido a lo que verdaderamente ocurrió, pero siempre que tengamos en cuenta que todo podía haber sido de otra manera. No podemos perder de vista que, como precisaba François Furet, el “postulado de la necesidad de *lo que ha ocurrido* es una ilusión retrospectiva clásica de la conciencia histórica” (Furet: 32).

Sin embargo, estamos acostumbrados a ver cómo el pasado se proyecta siempre sobre el presente sin consideración alguna de todas esas prevenciones. Tal vez ocurre así porque las ideologías se alimentan de prejuicios sobre el pasado que se sustentan en una visión de la historia basada en su inevitabilidad. Lo que ocurrió tuvo que ser así porque determinadas condiciones previas, casi siempre estructurales, imponían ese final. Pasó porque no podía pasar otra cosa a tenor de las condiciones que la realidad imponía a los seres humanos; ¿cuántas veces no hemos oído que la Segunda República estaba destinada a perecer porque eran los tiempos del ascenso del totalitarismo en Europa y de la crisis económica mundial? ¿O acaso nadie ha escuchado que la democracia republicana estaba condenada de antemano por la intransigencia de unas derechas autoritarias por definición?

Resulta, así, que la tarea de los grandes historiadores es no sólo la de desentrañar un pasado complejo, sometido a la incertidumbre de las decisiones humanas y desprovisto de una lógica preconcebida, sino también la de luchar

contra los prejuicios que sustentan una visión simplificada, maniquea en muchos casos, al servicio de ideologías que, por su propia naturaleza, aspiran a suprimir la complejidad, en definitiva, a evitar que el pasado nos sorprenda.

Carmen Iglesias Cano, catedrática de Historia de las Ideas en la Universidad Rey Juan Carlos de Madrid y académica numeraria de las Reales Academias Española y de la Historia, profesora del príncipe Felipe y actualmente presidenta de Unidad Editorial, forma parte de ese grupo reducido de grandes historiadores a los que hemos aludido más arriba. Como especialista en el pensamiento del barón de Montesquieu (1689-1755), al que dedicó una pormenorizada investigación que reeditó Círculo de Lectores en 2005, y fina investigadora de otros aspectos de la teoría política del siglo XVIII, la profesora Iglesias se convirtió hace ya tiempo en una de las mejores representantes de la historia de las ideas en nuestro país, siguiendo así el camino abierto por uno de los más ilustres historiadores del siglo XX español, uno de los pocos realmente reconocidos en el extranjero y traducido a varias lenguas, el profesor Luis Díez del Corral, autor de trabajos ya clásicos, como el impresionante estudio sobre el liberalismo doctrinario, el apabullante análisis intelectual sobre la formación de Tocqueville o el famoso y reputado ensayo dedicado a *El rapto de Europa*, que cabe ser considerado como uno de los mejores libros de historia y análisis político de la segunda mitad del novecientos en todo Occidente. Discípula también de otro de los grandes maestros de historiadores de la Facultad de Ciencias Políticas de la Universidad Complutense, el profesor José Antonio Maravall Casesnoves, autor de estudios imprescindibles sobre el Estado y el pensamiento político en la España moderna, Carmen Iglesias se ha convertido, más allá de su condición de especialista del pensamiento ilustrado (en 2006 se publicó una colección de trabajos muy significativa bajo el título *Razón, Sentimiento y Utopía*), en uno de esos escasos grandes historiadores que, como señalaba más arriba, son capaces de rastrear, analizar y presentar a un gran público el hilo de la continuidad de nuestro pasado, sin por eso caer en la tentación, todo lo contrario, de considerarlo predeterminado o condenado, por alguna extraña fuerza superior, a sucederse de una u otra forma.

La profesora Iglesias, en la medida en que ha sabido sacar partido de los frutos que se derivan del análisis de las ideas, se ha enfrentado en los últimos

años al reto de explicarse y explicarnos la historia de España. El libro que ahora acaba de publicar Círculo de Lectores-Galaxia Gutenberg es el resultado de ese monumental esfuerzo que engloba no sólo su propio período de especialidad, el del siglo XVIII, sino también el que va desde los tiempos de la monarquía hispánica bajo los primeros Austrias hasta los cambios de valores a finales del siglo XX. Bien consciente de la esterilidad de los debates esencialistas que tanto gustaron en la España de la primera mitad del novecientos, preocupada por el nefasto efecto sobre la sociedad española de todos esos tópicos que han potenciado la imagen de la historia de España como algo excepcional y negativo, nuestra autora se ha empeñado en la dura y noble batalla de construir un relato sobre la España moderna y contemporánea que recupere la complejidad de ese pasado y lo prevenga contra juicios presentistas destinados a engordar presupuestos ideológicos que descansan, desde hace ya mucho tiempo, en la consideración peyorativa y maniquea de la historia de los españoles.

El resultado no podía haber sido mejor; algunos de los aspectos más relevantes para entender la compleja trama del pasado español desde los Reyes Católicos hasta nuestros días están presentes en este nuevo volumen: el gobierno de la monarquía de los primeros Austrias; la construcción de una imagen de España desde fuera y el modo en que los españoles la recibieron y procesaron; la importancia de la educación en el pensamiento ilustrado y con relación a la perfectibilidad de la naturaleza humana y la felicidad de los hombres; la nueva sociabilidad y el protagonismo de las mujeres en el siglo XVIII; la transformación de la familia y de la consideración de la infancia en el paso de la modernidad a la contemporaneidad; los cambios en la nobleza española durante la Ilustración y el caso particular del conde de Aranda; el análisis de los fines de siglo españoles de las centurias del XVIII y XIX; la compleja y fascinante relación entre España y Francia en el siglo de las Luces, con consideraciones muy interesantes sobre el reinado de Felipe V y los cambios operados en la administración y la política españolas tras el final de la guerra; el denominado “drama de los afrancesados”: patriotas o traidores; la evolución de la consideración historiográfica sobre el siglo XVIII español, con especial referencia al papel desempeñado en su momento por el trabajo de Menéndez Pelayo; el balance de la cultura y la política en la España del reinado de Isabel II; el contraste entre imagen y realidad en la crisis de 1898; y

finalmente, en lo que se refiere al siglo XX, tres magníficos ensayos sobre la transición española después de la muerte del general Franco, la continuidades y diferencias entre las Constituciones de 1931 y 1978, y un exhaustivo balance de los cambios culturales en la sociedad española de los tres últimos decenios.

A todos esos estudios, fruto de un impresionante manejo de la abundante bibliografía, tanto clásica como de la más reciente, se une, como colofón inesperado con el que el lector acaba comprendiendo bastante bien el hilo conductor que subyace a todos esos ensayos, un *Elogio de la concordia* que muestra a una autora comprometida con su presente, consciente como historiadora de la importancia de aceptar que, si bien “la historia nos da más dolores que alegrías”, es, con todo, “el espacio en el que podemos convertir nuestra memoria en reflexiva, racional, inteligible”. La historia, añade en una oportuna reflexión crítica que resulta incomprensible sin una referencia a nuestro presente, desde luego que enseña, pero no podemos estar tan seguros de que finalmente “aprendamos de ella”. Es “nuestra obligación” aprender para “intentar que nuestros errores inevitables sean al menos otros”. Y si al menos uno de esos errores no debería repetirse, éste sería el de no olvidar la *concordia*: “frente a la *discordia* que olvida los intereses generales y reinventa la historia, sin la distancia crítica que el tiempo del historiador permite introducir en el pasado; frente a todo esto, sigamos a Bruckner cuando insiste en que hay que “sopesar bien las palabras para pensar bien el mundo”; (...) seamos muy conscientes de las consecuencias no previstas de toda acción, de que beneficios aparentes y precipitados a corto plazo resultan muy dañinos a medio y largo plazo; recordemos que la *sociedad global del presente* (...) exige, como pocas veces en la historia, el juego cooperativo, el ajuste de intereses a través de la concordia” (pp. 736-737).

El título de este libro, en el que también se incluye un apéndice con tres interesantes ensayos de historia de las ideas (el primero sobre Marsilio de Padua y los fundamentos del Estado laico, el segundo dedicado a ideas e ideologías, y el tercero sobre utopía e historia, en referencia a la obra de José Antonio Maravall) es un acierto. Y lo es no sólo por su atractivo editorial, sino también porque refleja muy bien uno de los postulados fundamentales que da sentido de conjunto a los diferentes ensayos. *No siempre lo peor es cierto*,

expresión que la profesora Iglesias toma prestada de una comedia de Calderón de la Barca, obliga al lector a pensar desde un principio sobre el fin principal que persigue la autora: luchar contra esas “actitudes estereotipadas que se reproducen entre los propios españoles con relación a su propia historia e incluso a su propia cultura”.

Frente a quienes han sostenido con mucho éxito de público que la historia española moderna y contemporánea tuvo que ser como fue, es decir, estaba condenada por razones estructurales a ser la historia de un fracaso, la historia de un país excepcionalmente pobre y desdichado en la rica y próspera Europa occidental, nuestra autora se rebela para sostener en este trabajo que nada es menos cierto en la historia, sea española o de cualquier otro de nuestros vecinos, que lo que Maravall Casesnoves llamó el “narcisismo de la diferencia” o la “nostalgia de la diferenciación”. La singularidad de cada momento, añade, no puede ser confundida con “una mitología de la excepcionalidad” que sólo puede conducir, y acaba conduciendo a “un victimismo que gira una y otra vez sobre sí mismo”.

Ni el éxito es definitivo –como bien aprendieron los holandeses del siglo XVIII o los británicos del XX, añadiría yo– ni el fracaso es permanente. Tal y como argumenta la profesora Iglesias, nada ha causado más daño a la imagen que los españoles tienen de sí mismos y de su pasado que la interiorización de una leyenda negra que, aun con contenidos variables y en épocas distintas, ha perseguido al país durante siglos hasta terminar en uno de los más nefastos e influyentes relatos políticos del siglo XX: el regeneracionismo, ese desafortunado amante que sedujo por igual a las derechas antiliberales y a las izquierdas revolucionarias, es decir, a un porcentaje muy elevado de la clase política española en el período de entreguerras.

Como explica Carmen Iglesias y va mostrando en sus diferentes ensayos –por ejemplo, en el magnífico trabajo que dedica a la imagen de España desde fuera o en los que se ocupan de los finales de siglo–, el mejor antídoto contra el victimismo autocomplaciente y perezoso es la historia comparada. Ésta ha dado unos frutos en terrenos como la historia económica o la historia política del siglo XX que, aunque no siempre bien divulgados, han sido muy provechosos. En realidad, no sólo es un “error acercarse a la historia en

términos de *éxito* o *fracaso* y tomar como modelos rígidos unos determinados procesos históricos a los cuales hay que amoldarse”, como señala nuestra insigne Académica. El error está en no ser capaces de comprender que el objeto de estudio del historiador es una realidad compleja que ni está esperándonos a la vuelta de la esquina ni resulta todo lo transparente que algunos suponen, en la medida en que sobre ella se han construido ya muchos relatos previos y sobre ella tenemos que explicar procesos que sólo podemos entender con nuestras propias categorías intelectuales.

Para entender una historia de España en la que *no siempre lo peor será cierto*, es necesario que, como hace la profesora Iglesias en todos estos trabajos, comprendamos que la “racionalidad del hombre –por decirlo con las palabras de Gilbert Ryle que Karl Popper hacía suyas– consiste no en ser incuestionable en materia de principios, sino en no ser nunca incuestionable; no en adherirse a axiomas acreditados, sino en no dar nada por garantizado” (Popper: 201). Carmen Iglesias no da nada por garantizado a priori y, por eso, sus trabajos son un ejemplo de cómo debe afrontarse la revisión seria y responsable de los numerosos tópicos que nublan nuestra visión del pasado.

Desentrañar una realidad compleja, como la de la evolución de la consideración de la infancia a la que Carmen Iglesias dedica una esclarecedor capítulo, o la cuestión recientemente debatida sobre nuestros afrancesados de principios del siglo XIX, aquellos “traidores” que, paradójicamente, terminaron siendo, en algunos casos, artífices del aparato del Estado liberal que condujo a España por el camino de la modernidad a partir de 1834, desentrañar esa realidad es tarea reservada a historiadores que, como nuestra autora, saben combinar en las dosis precisas el relato de los hechos y el examen de los procesos. Ella no ha olvidado, y de ahí el resultado de este libro, que, como decía François Furet, “toda historia es una mezcla variable pero permanente, y casi siempre explícita, de narración y análisis” (Furet: 31).

Tenía razón René Rémond, uno de los grandes renovadores de la historia política de la Francia contemporánea, cuando afirmaba que el verdadero símbolo de la Historia es la interrogación y que, por tanto: “la vocation de l'historien est de s'interroger sur le sens des événements, que sa spécificité réside en conséquence dans une attitude interrogative” (Rémond (dir): 14).

Carmen Iglesias se interroga una y otra vez para desterrar, con pruebas y buenos argumentos, los tópicos que han convertido muchos aspectos de nuestra historia moderna y contemporánea en una mera expresión de una perversa ignorancia.

La Historia, dice la profesora Iglesias, no es matemática, pero tampoco arbitrariedad; la historia es el resultado de una reconstrucción honesta y falsable, que no nos permite ser jueces del pasado pero sí construir un *relato razonado* del mismo. Razonado, por supuesto. Porque como explicaba uno de los grandes maestros de Carmen Iglesias e, indirectamente, de quien escribe estas líneas, no podemos mirar al pasado “con los hábitos mentales de un ratón de biblioteca”, es decir, siendo incapaces de “entrar en verdadero contacto con las fuerzas vivas de otras épocas” y limitándonos “a ser un sepulturero ocupado en remover osarios”¹. El historiador que eso haga, advertía don Luis, fallará en “lo más esencial de su función”, esto es, en ser capaz de descubrir y formular las causas y las consecuencias de los acontecimientos, y, obviamente, la génesis y el desarrollo de los procesos y las ideas.

La historia, como concluye Carmen Iglesias, es siempre una “historia abierta”. Ni fuerzas impersonales, ni causalidades incontrolables. Ni éxitos ni fracasos definitivos. Ni iguales ni excepcionales. O como señala la autora adaptando a la Historia la proposición de Norbert Elías: “Nacida de planes, pero no planeada; movida por fines pero sin un fin”. Con todos esos datos, a nadie le extrañe que cuando haya leído las más de mil páginas que tiene este volumen, estará mucho mejor preparado para entender por qué, pese a los amantes del victimismo y los deconstructores de la nación, lo mejor fue varias veces cierto en la historia de España. Y lo fue porque, como escribiera Díez del Corral en *El rapto de Europa*, la historia no está escrita a priori, “no es el desarrollo progresivo de gérmenes originarios”, sino “peripecia, vicisitud y, por encima de ellas, inventiva, cuasi-creación, aunque no ilimitada, sino a lo largo de cauces que ella misma se va abriendo”. En ese sentido, la historia de España que Carmen Iglesias nos descubre y presenta es, como concluyera su maestro, “producción y realización de concretas y concatenadas posibilidades”, es decir, una historia alejada del determinismo, del ma-

¹ Luis Díez del Corral en su estudio preliminar a **Meinecke** (:IX)

niqueísmo y del peor de los pesimismos, una historia, en suma, para quienes estén dispuestos a comprender que España no es esencialmente diferente (Del Corral, vol.1: 868).

PALABRAS CLAVE:

Socialismo • Rusia • Ciencia y Tecnología. I+D. Universidades

RESUMEN

Ni determinada, ni excepcional ni negativa por definición, la historia de la España moderna y contemporánea sigue estando, sin embargo, sometida a todo tipo de prejuicios, hasta el punto de que la antaño leyenda negra se reconvirtió durante el siglo XX en nueva visión despectiva sobre el pasado español, que todavía, en parte, sigue vigente. Pese al buen trabajo que han hecho algunos historiadores, todavía circulan con mucha fuerza estereotipos y opiniones que, pese a tener cierto apoyo en los hechos, nos impiden alcanzar una visión más cierta de la complejidad de nuestros pasado. Este texto reflexiona sobre el papel de la Historia y los grandes historiadores en el noble empeño de devolver al pasado su condición de imprevisible y complejo. Y lo hace comentando los ensayos sobre la historia de España escritos por Carmen Iglesias.

ABSTRACT

Neither fixed nor exceptional or negative by definition, the history of modern and contemporary Spain remains, however, subjected to all sorts of prejudices. In fact, the black legend was converted into a renewed vision on the derogatory Spanish past; it occurred in the XX century and yet, in part, remains in force. Despite some historians has done a good work, opinions and stereotypes are still important; although they have some support in facts, prevent us from achieving a better degree of complexity of our past. This text thinks about the role of History and the greatest historians in the honest effort to restore the past its condition of unpredictable and complex. And it does commenting on the Spanish history essays written by Carmen Iglesias.

BIBLIOGRAFÍA

Berlin, I. (1974):

Libertad y necesidad en la historia, Madrid.

Díez del Corral, L. (1998):

Obras Completas, CEPC, Madrid.

Furet, F. (1980):

Pensar la revolución francesa, Barcelona.

Meinecke, F. (1983):

La idea de la razón de Estado en la Edad Moderna, Madrid.

Popper, K.R. (2002):

Búsqueda sin término. Una autobiografía intelectual, Madrid.

Rémond, R. (dir.) (1988):

Pour une histoire politique, Paris.